

FOMENTO SOCIAL, que inició hace treinta años sus tareas, publicando, como su primer libro, una colección de Direcciones Pontificias, todavía muy estimada, ha perseverado siempre en los mismos designios. Recientemente ha reorganizado en esta revista, que lleva su mismo nombre, la "Crónica Orientadora" para dar cabida en ella, ante todo, a las actividades y enseñanzas de la Santa Sede; y acaba de publicar un copioso "Diccionario de Textos Sociales Pontificios", que, debido a la laboriosidad de uno de sus más competentes colaboradores, da a las enseñanzas de Pío XII el lugar preeminente que les corresponde. Sea éste, pues, el modesto, pero más adecuado y eficaz homenaje de nuestra Institución: renovar nuestra incondicional y fervorosa adhesión al Vicario de Jesucristo en la augusta persona de Su Santidad Pío XII y reafirmar nuestro propósito de servir a la Iglesia con todas nuestras fuerzas en la difusión eficaz de la verdad de que es incomparable e infalible Maestra.

## EN EL CENTENARIO DE SAN IGNACIO

"La formación de la conciencia social"

El señor Obispo de Málaga nos ha regalado en este cuarto centenario de la muerte de San Ignacio con una bellísima Carta Pastoral que ha quedado íntegramente reproducida en el espléndido número extraordinario dedicado por "Razón y Fe" a tan insigne conmemoración. Ya que FOMENTO SOCIAL, sintiéndose representado en el homenaje a San Ignacio por la revista hermana—en la que figura un documentado artículo de nuestro redactor P. Valle sobre el sentido social del Santo—, no haya creído necesario celebrar de modo tan solemne el acontecimiento, quiere, con todo, dejar sumaria constancia del mismo. Servirán para ello, sin alterar la marcha normal de nuestra revista, algunos artículos, como el que hoy se publica sobre la enseñanza profesional en la Compañía de Jesús, y nos sirve ahora, principalmente, esta mención y breve comentario de la Pastoral de D. Angel Herrera.

Interesa, para nuestros fines sobre todo, una de las últi-

mas páginas del documento, que por eso reproducimos íntegra entre las direcciones episcopales de la "Crónica Orientadora".

"Hay un magisterio—dice el Sr. Obispo—que con especial necesidad y urgencia espera la sociedad española de los hijos de San Ignacio y, en general, de todos los educadores de nuestra niñez y de nuestra juventud. Sobre todo, de los que educan a las clases directoras de la sociedad. El de la formación de la conciencia social de los españoles. La formación moral en lo que afecta a los deberes para con el prójimo y para con el bien común."

No puede significar este requerimiento un olvido de lo que la Compañía de Jesús y otras instituciones católicas han trabajado en el orden social, cualquiera que haya sido el éxito, que no es siempre adecuada medida del celo apostólico. Monseñor Herrera conoce como pocos la cadena áurea de apóstoles sociales como los Padres Vicent, Palau, Nevares, Ballesta, Azpiazu... Alguno, como el P. Ballesta, ha rubricado con su sangre el testimonio de su amor apasionadamente cristiano a los obreros. Pero no queremos desvirtuar, ni en lo mínimo, las afirmaciones del ilustre Prelado adormeciendo el sentimiento de la inmensa responsabilidad presente con el recuerdo de glorias pasadas y suscribimos íntegramente sus gravísimas palabras:

"Hay en la conciencia española un fallo tremendo. El pecado es general, y la culpa nos alcanza a todos. Nadie puede excusar la parte de responsabilidad que le toca..."

"Parece que los que se dedican a descubrir los defectos del catolicismo español andan a menudo desorientados. No digo que sea nuestro único defecto; pero el más grave de todos, sin comparación posible, es que hemos creado un tipo de cristiano pobrísimo en virtudes sociales. Casi puede afirmarse que zonas muy extensas de nuestra sociedad practican de manera deficientísima la caridad y hasta carecen del verdadero sentido de la justicia."

El Sr. Obispo expone seguidamente algunas de las consecuencias de esta deformación: "La falta de justicia y, en gran

parte, de misericordia, mantiene un sistema de reparto de la riqueza nacional que acumula en una minoría la mayoría de la renta y mantiene a una multitud innumerable en la pobreza"; y, ahondando en las raíces psicológicas y morales, pronuncia el siguiente veredicto condenatorio: "Acentúa la gravedad del mal el hecho de que no se repara en medios para enriquecerse, y de que los poderosos, poco atentos, en conjunto, a los dictados de la caridad, forman el cuadro para defenderse de las obligaciones sociales."

Tremendas son, en fin, las últimas admoniciones del Prelado, que quisiéramos tuvieran toda la resonancia y toda la eficacia que merecen. Helas aquí: "Nuestras clases altas parecen atravesar un período de aguda inconsciencia colectiva. No se dan cuenta del escándalo diario que ofrecen a la nación. No tienen idea, ni remota, del ambiente que su insensata conducta fomenta en las fábricas, los campos, la universidad y los medios profesionales."

"Muy difícil es lograr una organización política estable en una nación cuando las clases altas desertan colectivamente de sus primeros deberes sociales."

Ante la extensión y gravedad del mal, la lucha para remediarlo ha de adquirir proporciones y organización de cruzada; aunque estamos prestos, por la parte que nos corresponde, para cooperar en la medida de nuestras fuerzas.

En lo más hondo y en lo más alto está el concepto verdaderamente cristiano de la vida, al que no se satisface con una superficial devoción o sentimiento. Es aquí donde ha de ejercer su profunda misión renovadora la ascética de San Ignacio; pero predicada y practicada con la austera sinceridad del Santo, que tan bien supo captar la esencia del Evangelio en sus "Ejercicios" e infundirla con eficacia, en forma militante, en el "llamamiento del Rey Temporal" y la "meditación de dos Banderas". ¡Cuánta verdad en el conocer y combatir aquella "cobdicia de riquezas", primer escalón por donde se desciende a la "crescida soberbia" y a la tiranía de todos los

vicios, causantes de la ruina moral del individuo y de la sociedad!

Es esta autenticidad cristiana la que late en el fondo de todas las legítimas ansias renovadoras y la que se pone en evidencia con acritud y amargura por peligrosos reformadores de nuestros días. Es la que, rectamente entendida, ha de vivificar la cruzada por "el Mundo Mejor", mediante la cooperación de todas las fuerzas y el empleo de todas las armas. La misma grandiosidad de la empresa hace que desborde las posibilidades de cualquier institución aislada, aunque sea de las dimensiones actuales de la Compañía de Jesús, que siempre recuerda, como una paternal admonición, el apelativo de "mínima" con que se complacía llamarla San Ignacio.

Dentro del marco que acabamos de bosquejar, y con las indicadas limitaciones, es lo cierto que asistimos a una renovación bien visible del espíritu social en todas las formas del apostolado de la Compañía de Jesús y que corren riesgo de equivocarse, aun de buena fe, los que juzguen no sólo de oídas, sino por lo que experimentaron, tal vez, en decenios pasados. El artículo del P. Valle sobre enseñanza profesional será sin duda, para muchos, revelación de un mundo desconocido. Podría afirmarse lo mismo de otros mundos ignorados, de nueva savia bajo las formas tradicionales de misiones, ejercicios, predicación, Congregaciones Marianas, etc.; y nada se diga de los colegios, tanto los destinados a los estudios de los seglares como a los estudiantes jesuítas, donde la información y formación sociales han alcanzado ya frutos maduros, no sólo de doctrina, sino de realizaciones prácticas, a costa, muchas veces, de heroicos sacrificios.

Sin negar, con todo, lo que hay de urgencia en la tarea práctica de formación de las conciencias cristianas a base de los principios eternos y de la doctrina evangélica, hemos de señalar una necesidad, que es, tal vez, la más propia de colmar por instituciones como FOMENTO SOCIAL. En la desorientación y deformación de esas conciencias tiene mucha parte la falta de criterios de aplicación concreta a las múltiples y vestiginosas cuestiones de moral social de nuestros días.

Es mucha verdad, como ha dicho el Sumo Pontífice, que ha llegado la hora de la ejecución y que contamos ya con bastante caudal de doctrina para que pretendamos entretenernos en pequeñas cuestiones teóricas que entorpezcan la acción; pero también es verdad que para que la acción sea prudente y acertada ha de ser dirigida por los dictados de la razón, capaz de formular en cada caso el dictamen de la conciencia. Pues bien, si la doctrina social cristiana es hoy fácil de conocer en sus generalidades y alcanza cada día mayor difusión, es lo cierto que falta con frecuencia el anillo que facilite la transición de lo universal a lo particular, de los principios a las conclusiones, de las normas al caso concreto.

Cuando tanto se ha hablado contra la Moral casuística, he aquí que falta todavía una casuística *bien fundada y uniforme* aplicable a los modernos problemas económico-sociales. No se ha alcanzado aún, sino en contados casos, la integración del teólogo economista o sociólogo, capaz de proyectar la luz de las verdades fundamentales sobre los hechos contingentes del día, enteramente diversos y mudables; y, por otra parte, en correlación con esa laguna formativa, está el mar inmenso de los profesionales y hombres de negocios que continúan imbuídos en los principios liberales y en el sentido laico de la vida, y no sienten la menor necesidad de hacer de sus problemas técnicos o mercantiles problemas relacionados con la religión ni la moral.

En llenar semejantes vacíos y corregir tales errores corresponde una responsabilidad primordial a los centros superiores de cultura; concretamente a la Universidad e instituciones con ella relacionadas. Por diversos caminos llegamos muchas veces a advertir las consecuencias de un mismo problema trascendental; la falta de la Universidad que necesitamos; principalmente en orden a la formación sistemática, íntegra y coherente del pensamiento cristiano en relación con los grandes problemas de la Filosofía y de la Ciencia.

De esos centros, donde se elabora maduramente la doctrina, que alcanza su primera manifestación en la conferencia docta, en la revista elevada, en el libro serio, en la consulta

grave, han de descender, como raudales de aguas fecundantes que se subdividen sucesivamente hasta dar vida a las plantas del llano, todas las demás aplicaciones, cuyos naturales cauces forman la extensa red de las otras instituciones de enseñanza media y elemental. Y por semejante manera, surge, en descenso de nivel intelectual, la labor crecientemente divulgadora de las demás revistas de cultura general o popular, de la prensa diaria, de los círculos de estudios, de los discursos a las masas, de la predicación misional y popular, del consejo corriente...

En ningún caso, sin embargo, debemos detenernos por defectos de estructura y organización ante el bien posible. Hagamos todos todo lo que podamos por redimirnos de ese defecto, verdadero y gravísimo pecado muchas veces, de que nos advierte con paternal pero severa admonición el Sr. Obispo de Málaga; por poco que sepamos, siempre sabremos hacer mucho bien a nuestros semejantes si vemos en ellos hermanos nuestros, hijos de Dios, miembros vivos de Jesucristo.